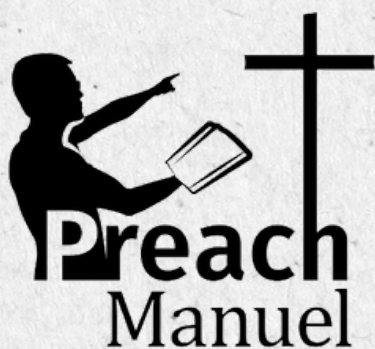




Comentario al
texto bíblico

UNIENDO EL CIELO Y LA TIERRA.

LA VIDA EN COMUNIÓN
CON LOS DEMÁS

I TRIMESTRE - 2026

EL ORDEN DIVINO EN EL HOGAR

“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, **como conviene en el Señor**” (Colosenses 3:18).

Al llegar a esta sección, el apóstol Pablo comienza a aplicar el evangelio a la vida cotidiana, específicamente al hogar. Este llamado a la **sujeción** no puede entenderse de forma aislada, sino a la luz del desarrollo más amplio que presenta en Epístola a los Efesios 5:22-33. Allí, el mandato a la esposa está inseparablemente unido al llamado del esposo: **amar como Cristo amó a la iglesia**.

Esto cambia completamente la perspectiva. La sujeción bíblica no es una **imposición autoritaria**, sino una dinámica espiritual que solo puede entenderse “en el Señor”. Es decir, dentro de una relación donde **Cristo es el centro y la autoridad suprema**.

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25). La medida del amor del esposo no es cultural ni emocional, sino **sacrificial**. Cristo amó hasta entregarse completamente. Por tanto, el liderazgo del hombre en el hogar no se expresa en dominio, sino en **servicio, cuidado y entrega**. Es un amor que busca **santificar, edificar y proteger**.

Bajo esta luz, la sujeción de la esposa adquiere su verdadero significado: no es **pérdida de dignidad** ni de valor, sino una **respuesta voluntaria** dentro de un vínculo de amor.



EL ORDEN DIVINO EN EL HOGAR

Incluso en contextos difíciles, la Escritura aconseja mantener un testimonio fiel, como también enseña el apóstol Pedro, mostrando que el carácter transformado puede ser un medio para alcanzar al otro.

Sin embargo, el texto establece un límite claro: “**como conviene en el Señor**”. Esto implica que la primera lealtad de la esposa es a **Cristo**. Él es la cabeza suprema. Por tanto, la sujeción nunca puede ser utilizada como justificación para el **abuso, la violencia o la degradación**. Donde Cristo gobierna, el amor **dignifica y restaura**.

“Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas” (Colosenses 3:19).

Aquí Pablo confronta una de las manifestaciones más comunes de un corazón no transformado: la **dureza en el trato**. La aspereza, ya sea en palabras, tono o actitud, revela más que un momento de tensión; evidencia una **condición interna**.

Las palabras que pronunciamos, la manera en que respondemos y hasta nuestras expresiones reflejan el estado del corazón. Por eso, la vida cristiana no consiste en **justificar estas actitudes**, sino en **reconocerlas** como lo que son: una necesidad de transformación.

La tendencia humana es excusarse —“yo soy así”, “así me criaron”—, pero el evangelio no valida esas defensas. Al contrario, nos invita a llevar nuestras **deficiencias a Cristo**.



EL ORDEN DIVINO EN EL HOGAR

“¿Cómo conoceremos si estamos en Él?... Por nuestras palabras” (cf. Mateo 12:34).

La solución no está en el esfuerzo humano aislado, sino en **recibir los recursos que Dios provee**. La paciencia, la mansedumbre y el dominio propio no nacen del carácter natural, sino que son fruto de la **obra divina en el corazón**.

Como enseña también la carta a los Hebreos, Cristo es quien “purifica nuestras conciencias de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo” (cf. Hebreos 9:14).

Así, el hogar se convierte en un reflejo del evangelio: un espacio donde el **amor sacrificial** y el **respeto mutuo** no son imposiciones externas, sino el resultado de una vida **sometida a Cristo**.



EL EVANGELIO DE LAS RELACIONES HUMANAS

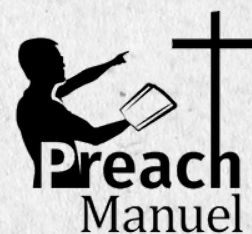
“Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, **porque esto agrada al Señor**” (Colosenses 3:20).

El apóstol Pablo continúa aplicando el evangelio al entorno del hogar, mostrando que **cada miembro de la familia** tiene una responsabilidad delante de Dios. La obediencia de los hijos no es solo un asunto de disciplina familiar, sino un acto espiritual que **agrada directamente al Señor**.

Esta obediencia implica más que cumplir órdenes. Incluye **honrar, valorar y cuidar** a los padres, procurando ser alivio y no carga. Desde temprana edad, cada integrante del hogar está llamado a contribuir al bienestar común, fomentando la **armonía, la paz y el amor**. No es una sugerencia opcional; es un **deber sagrado**.

La Escritura deja claro que la obediencia genuina nace del corazón. Así fue en la vida de Cristo: su obediencia no era forzada, sino el resultado de su **confianza y deleite en el Padre**. De la misma manera, los hijos pueden pedir a Dios un espíritu que les permita **obedecer con gozo**, y no por obligación.

“Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Colosenses 3:21).



EL EVANGELIO DE LAS RELACIONES HUMANAS

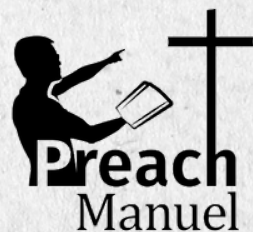
El mandato no recae solo sobre los hijos. Los padres también reciben una advertencia solemne: evitar toda actitud que **desanime o hiera el corazón** de sus hijos. La forma en que se habla, el tono, las palabras y las expresiones pueden edificar... o destruir.

Aquí el ejemplo de Cristo es determinante. En los evangelios, como se observa en Evangelio según Mateo 19:14, Jesús dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis”. Sin embargo, los padres pueden, sin darse cuenta, **impedir ese acercamiento** mediante un testimonio incoherente o un trato áspero.

La realidad es profunda: **los hijos valorarán la fe de sus padres si la ven funcionar en el hogar**. No en lo público, sino en lo cotidiano. El amor debe ser visible: en la paciencia, en la cercanía, en el afecto expresado. **Abrazar, sonreír, escuchar...** todo esto forma parte del lenguaje del evangelio vivido.

“Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales... con corazón sincero, temiendo a Dios” (Colosenses 3:22).

Al abordar la relación entre siervos y amos, Pablo introduce un principio que trasciende su contexto histórico. Aunque no promueve una revolución política directa contra la esclavitud, sí siembra **principios espirituales** que, al ser vividos, terminan por dismantelar cualquier sistema de opresión.



EL EVANGELIO DE LAS RELACIONES HUMANAS

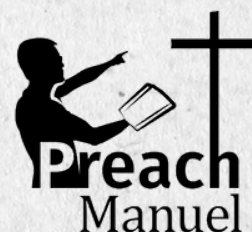
El apóstol eleva la mirada: tanto siervo como amo están bajo la autoridad de un mismo Señor. Como también enseña en Epístola a los Gálatas 3:28, en Cristo **no hay distinción esencial**, porque todos son uno en Él.

Esto significa que el amo será juzgado por la manera en que trata al siervo, y el siervo sirve no solo a un hombre, sino a Dios mismo. La relación deja de ser meramente social para convertirse en una **realidad espiritual**.

Aquí emerge un principio clave: la verdadera transformación de las relaciones humanas **no puede imponerse por la fuerza**. Las leyes pueden regular conductas, pero no pueden producir amor genuino ni humildad verdadera. Nadie puede ser obligado a considerar a otro como superior; eso solo es posible cuando **Cristo reina en el corazón**.

Por eso, más que establecer un sistema externo, el evangelio apunta al interior del ser humano. Solo cuando el yo es **crucificado con Cristo**, surge la capacidad de amar, respetar y valorar al otro de manera sincera.

Así, el mensaje es claro: el cambio duradero no nace de la presión externa, sino de un corazón **transformado por Cristo**, donde el amor reemplaza al ego y la gracia gobierna cada relación.



UNA VIDA CENTRADA EN CRISTO

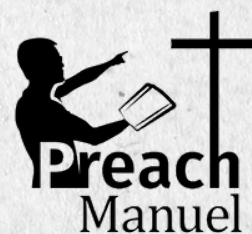
“Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, **porque no hay acepción de personas**” (Colosenses 3:25).

El apóstol Pablo cierra esta sección recordando un principio solemne: **Dios juzga con justicia perfecta**. No hay favoritismos. Como también enseña en Epístola a los Romanos 2, cada persona será evaluada conforme a sus obras. Quien pecó sin ley, sin ley será juzgado; y quien pecó bajo la ley, por la ley será juzgado.

Esto introduce una distinción importante. Hay injusticias que afectan al prójimo —daños, abusos, opresión— que pueden ser tratadas en el ámbito humano. Pero también existe una **injusticia espiritual**, aquella que ofende directamente a Dios y que será revelada en el día cuando Él juzgue **los secretos de los corazones**.

“Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Colosenses 4:2).

Ante esta realidad, Pablo dirige la atención hacia el recurso más poderoso del creyente: la **oración constante**. No como un acto ocasional, sino como un estilo de vida. Orar es vivir en **dependencia continua de Dios**, reconociendo que sin Él no hay seguridad ni fortaleza.



UNA VIDA CENTRADA EN CRISTO

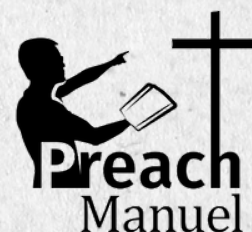
La oración no se limita a momentos formales; incluye también las **oraciones silenciosas del corazón**, esa comunión constante que conecta al creyente con la fuente del poder infinito. Así vivió Cristo. Su vida fue sostenida por una relación ininterrumpida con el Padre, lo cual despertó en sus discípulos el deseo de aprender a orar.

Y si no existe ese deseo, también puede pedirse. Dios no solo responde oraciones; también **despierta el anhelo de orar** en el corazón sincero que reconoce su necesidad.

“Para que lo manifieste como debo hablar... el misterio de Cristo” (Colosenses 4:4).

El centro del mensaje es claro: **Cristo en nosotros, la esperanza de gloria**. Este es el misterio del evangelio, revelado ahora a todos. No se trata solo de una obra externa realizada en la cruz, sino de una obra interna: **Cristo viviendo en el creyente**, transformando su carácter.

Esta transformación se fundamenta en la obra perfecta de Cristo, pero se hace real en la experiencia diaria cuando, por la fe, el creyente permite que su vida sea crucificada con Él. Así, el mismo poder que lo levantó de los muertos comienza a **vivificar la vida presente**.



UNA VIDA CENTRADA EN CRISTO

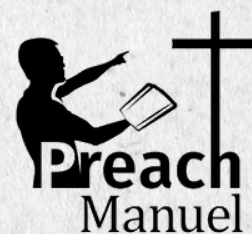
“Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo” (Colosenses 4:5).

La vida en Cristo no es aislada; se proyecta hacia los demás. Por eso Pablo exhorta a vivir con **sabiduría hacia quienes no conocen a Dios**, aprovechando cada oportunidad. No toda conversación será explícitamente espiritual, pero toda interacción puede abrir una puerta para reflejar el carácter de Cristo.

“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal...” (Colosenses 4:6).

Las palabras del creyente deben estar marcadas por la **gracia, la sabiduría y la oportunidad**. Saber cuándo exhortar, cuándo aconsejar y cuándo simplemente escuchar es parte del testimonio cristiano.

Sin embargo, todo esto apunta a una realidad más profunda: la vida en Cristo produce un **amor genuino por la salvación de otros**. Cuando ese amor no está presente, algo necesita ser revisado, ya sea en la comprensión o en la práctica del evangelio.



UNA VIDA CENTRADA EN CRISTO

Ejemplos como el de Moisés o el mismo Pablo reflejan este espíritu de entrega, un amor que está dispuesto a sacrificarse por el bien del prójimo. Este tipo de amor no es natural; es un **milagro de la gracia**.

Así, el llamado final es claro: permitir que Cristo transforme el corazón hoy. Porque cuando Él gobierna la vida, no solo cambia al individuo, sino que impacta el hogar, la iglesia y toda la comunidad para la **gloria de Dios**.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

